



Que entendía Catalina por Iglesia

En expresión de la santa Doctora de la Iglesia se halla “fundada en la sangre”, es decir, en la pasión y muerte redentora de Jesucristo. De manera global, la Iglesia es comunidad, sociedad o congregación de todos los que creen en Cristo.

La Iglesia fue el desvelo constante de su vida, hasta que entregó su alma al Señor. Todas las demás: la paz, el retorno del Papa a Roma, la cruzada y otras más particulares fueron, en cierto modo, preocupaciones transitorias y subsidiarias. El mismo cisma hemos de considerarlo como un percance histórico en el tema general de la Iglesia.

Recordemos lo que entendía Catalina por Cuerpo místico y por Iglesia.

El proemio de *El Diálogo* y la carta 272 nos señalan hasta dónde llegaba en su corazón la preocupación que tenía por la Iglesia. Habla en ambos lugares de una carta recibida de Fray Raimundo de Capua sobre las ofensas a Dios y a su Iglesia. Posiblemente cisma y elección de un anti-papa, realizada apenas hacía quince días, era el tema más candente.

La reforma de la Iglesia era necesaria porque el amor propio, los egoísmos de toda clase, la habían envenenado. De las tribulaciones en que se halla saldrá para gozar de la dulzura de los buenos ministros y pastores, lo que le ha revelado el Señor y le produce gran consuelo.

La faz de la Iglesia, su apariencia externa, es de “leprosa”, afeada por las inmundicias, el amor propio, la inflada soberbia y la codicia. Es como una viña, que tiene una planta que da frutos agrios. Es la bodega en que se guarda la sangre de Cristo, por la que tienen eficacia todos los sacramentos. A la puerta de esta bodega contempla Catalina al Papa, a Cristo en la Tierra, que es el bodeguero, el administrador de esa sangre y de las gracias que de ella se derivan. La reverencia que se debe al Papa y a los ministros de Dios proviene que son los administradores de esa sangre y de esas gracias.

Consecuencia lógica es la independendencia de la jurisdicción eclesiástica y la proscripción y condenación de cualquier intervencionismo de los seculares en los asuntos eclesiásticos. Tal intromisión, frecuente en la historia, más aguda que nunca en el famoso conflicto de las investiduras, había dejado secuelas.



En el siglo XIV, en expresión de la Santa, la Iglesia tenía su cara sucia y leprosa. Se hallaba profundamente relajada. En ese mar turbulento flotaban algunas navecillas: personas y grupos de personas que intentaban una vida más conforme con las enseñanzas de Jesucristo. De esas navecillas se tendían marmas de socorro y salvación a la gran nave de la Iglesia, a la que se intentaba salvar y llevar a un puerto de paz.

No pensemos que Catalina se hallaba sola en esta tarea. Su siglo es tiempo de grandes santos que no me detengo en enumerar. Muchas almas sufrían indeciblemente con los abusos que veían en la misma curia pontificia, tanto en Aviñón como después en Roma. “La Esposa (la Iglesia) se halla llena de toda clase de espinas, de muchos y variados pecados” leemos en *El Diálogo*, donde toda una serie de capítulos (del 110 al 134) se hallan dedicados al cuerpo místico de la Iglesia. Aunque en

ellos resalten los vicios, se habla también de los buenos pastores. La exposición de los abusos no es morbosa. Se adivina en ella un sustrato de su amor profundo a la Iglesia como institución.

A la Iglesia la defiende de sus ataques de los príncipes ambiciosos, de los señores y caciques locales, y hasta de las ambiciones y codicia de los mismos clérigos. Por eso encontramos frases y páginas condenatorias de la intromisión de tales personajes en asuntos eclesiásticos, con la disculpa de castigar los abusos de los eclesiásticos. Bernabé Visconti, por ejemplo, encarcelaba con ese pretexto a los sacerdotes y se apoderaba de lo que tuvieran ellos o sus iglesias.



En el vocabulario de Catalina y de los escritores de su tiempo, la palabra “Iglesia” y “cuerpo místico de la Iglesia”, hacían referencia a “la jerarquía eclesiástica”, en nuestro lenguaje de hoy. Los demás fieles, en palabras de Catalina, constituían el “cuerpo grande la religión cristiana” o algo que expresara la misma idea.

Ella sentía como un deber la colaboración con la jerarquía impuesta por la voluntad de Dios. En labios del Señor pone estas palabras: “Vosotros sois trabajadores míos, a quienes he puesto a trabajar en la viña de la santa Iglesia. Trabajad en el campo universal de la religión cristiana...”



Santa Brígida

Suspirando por su reforma

Además de llamar a Catalina de Siena, Dios llamó a muchas más almas a trabajar en la viña del Señor. Recordemos, por ejemplo, a Santa Brígida de Suecia que hizo de la reforma de la Iglesia el tema de sus “*Revelaciones*”. En ellas habla como lo hace Catalina, pero en un estilo muy distinto, de los abusos en la Iglesia, de los deberes de los cardenales, del Papa, de la vida coral, de los sacerdotes y de las monjas y de los superiores, de la caridad, del temor a Dios, de las lacras sociales, de la vuelta del Papa a Roma.

Alguien ha pensado que Catalina en sus 50 cartas a papas, cardenales, etc., exageraba en la exposición de los vicios que se hallaban arraigados en la jerarquía eclesiástica de entonces. Pero ella promovió con toda su alma la reforma, pero de modo bien diferente a otros que, en vez de reformadores, han sido deformadores. Lo intentó desde dentro de la Iglesia, sin lucha contra ella o sus instituciones, presta siempre a obedecer a la autoridad legítimamente constituida. No lo procuró sólo por los medios humanos sino que dio preferencia en su corazón a los espirituales: oración suya, de sus discípulos, de todos aquellos a quienes llegaba su influencia. Bien pronto se diferenció su grupo de otros de espirituales coetáneos, como los “fraticelli” que desobedecían al Papa y hasta eligieron uno a su capricho.

Hasta la actualidad repite cuenta que los pecados de los ministros de la Iglesia no afectan a lo fundamental de su institución, aunque sí la desfiguran y afean. Esos pecados y abusos no deben tener trascendencia en la vida práctica de los cristianos, pues los ministros de la Iglesia son meros administradores de las gracias de Dios y su eficacia no depende de ellos sino de los sacramentos en sí mismos, junto con la preparación en que se halle el alma de quien los recibe. Se duele y apena de esos pecados que hacen perder a la Iglesia su atractivo y eficiencia.

A Pedro, sacerdote de Semignano, le pide que haga las paces con otro sacerdote. La discordia entre ellos, sin duda con escándalo de los fieles, era tan grande que se odiaban a muerte. Le habla de la pureza de espíritu. Le increpa así: “¡Ay, ay! ¿Dónde está la pureza de los ministros del hijo de Dios? Pensad que igual que vos exigís limpieza en el cáliz que se lleva al altar, porque si estuviese sucio lo rechazaríais, así Dios, suma y eterna Verdad, exige vuestra alma limpia de pecado mortal, y singularmente de la inmundicia. En el día de hoy se ve todo lo contrario a la pureza que Dios pide: que sus miembros sean templos de Dios y portadores del fuego de su palabra y no que se conviertan en establos, lugar de puercos y otros animales. Llevan el fuego de la ira, odio, rencor y malevolencia en la casa del alma. Albergan puercos, esto es, inmundicia en que se revuelcan interiormente, como el puerco en el lodo... No quiero que seáis así, sino que con valentía os convirtáis en vaso lleno de dilección y afecto de caridad. No sé cómo vais a celebrar”. Y a continuación le suplica que se libere de la obstinación en ese pecado de odio: “Os pido esto como gracia y misericordia: quiero que hagáis la paz. Pues, ¡qué escándalo ver dos sacerdotes en odio de pecado mortal! Gran milagro es que la tierra no os trague a los dos”.

Al abad Gerardo de Puy, nuncio apostólico, le contestaba en 1375 a unas preguntas sobre la reforma de la Iglesia: “A la primera de las cosas que me preguntabais, creo que nuestro dulce Cristo en la tierra (así me parece en la presencia de Dios) debería desarraigar dos cosas por las que se echa a perder la esposa de Cristo (la Iglesia). Una es la excesiva blandura y cuidado de los parientes, en lo que es preciso que él (Gregorio XI) en todo y por todo se mortifique. La segunda es la excesiva benevolencia en la superabundancia de misericordia. ¡Ay, ay! Esta es la causa de que los miembros de la Iglesia se pudran, o sea, por no corregir. Cristo lleva muy mal en especial tres perversos vicios: la inmundicia, la avaricia y la engreída soberbia que reinan en la esposa de Cristo, es decir, en los prelados, que no se preocupan más que de deleites, cargos y grandísimas riquezas. Ven que los demonios infernales se llevan las almas de sus súbditos y no les da cuidado, porque se han convertido en lobos y revendedores de la sangre de Cristo (simoníacos). Se necesitaría una justicia para corregirlos, porque la demasía en piedad es grandísima crueldad. Se debería corregir, sin embargo, con justicia y misericordia. De veras os digo, padre, que por la bondad de Dios confío en el pecado de la blandura con los parientes se comenzará a evitar en razón de las muchas oraciones y estímulos que tendrá de los servidores de Dios”. Estas frases indican el estado de la Iglesia y de la curia pontificia de Gregorio XI, así como la libertad con que se permitía hablar de sus vicios y defectos. Me pregunto si podríamos hacerlo hoy así.

En la carta a Andrés Vitroni hace el cotejo entre los buenos y malos ministros. Los buenos administran la sangre de Cristo con manos limpias y “saborean los frutos de la virtud, que dan la vida de la gracia y proceden del verdadero y perfecto amor. Lo contrario hacen los que tienen el árbol del amor a sí mismos, el egoísmo o amor propio. Su vida está corrompida por estarlo la raíz principal, el afecto de su alma. Son indignos de ser llamados hombres, por haber abandonado la dignidad de la razón. Son como animales que se revuelven en el lodo de la inmundicia, yendo en pos de toda miseria, conforme les guía su bestial apetito. Si son religiosos o clérigos, no llevan la vida de ángel ni de hombre, sino de bestia: con frecuencia más miserablemente que lo hará un seglar... Tienen un oficio semejante a los demonios, cuyo intento es apartar a las almas de Dios para conducir las a su mismo fin, la condenación... No son guardianes de las almas sino sus devoradores, pues las ponen en manos del lobo infernal”.

A pesar de tan graves denuncias y de rechazar la corrupción, al inicuo Bernabé Visconti le recuerda el deber de respetar a los ministros de Dios: “Es necio el que se demora en el arrepentimiento u obra contra el vicario que tiene las llaves de la sangre de Cristo crucificado. Aun cuando el vicario fuera un demonio hecho carne, no debo yo levantar la cabeza contra él, sino humillarme siempre, pedir la gracia por misericordia, pues de otra manera no podéis tener ni participar del fruto de la sangre. Por amor a Cristo crucificado os suplico que no actúes más contra vuestra cabeza, el Papa”.

La podredumbre y relajación, comenzando por la corte papal, no era exageración de personas timoratas. Al Nuncio, cuyas maquinaciones políticas estaban en boca de todos, le decía: “Cuando os pedí que trabajaseis en la santa Iglesia, no quise referirme ni hablar de los trabajos que tengáis por las cosas temporales, aunque buenas, sino que principalmente con el Padre Santo debéis hacer lo que podáis para apartar de él a los lobos y demonios hechos carne, los pastores, esos que no atienden a otra cosa que a comer, a hermosos palacios y a los grandes caballos. ¡Ay, que lo que se adquiere en el madero de la cruz se malvierte en meretrices! Os ruego que,



aun con peligro de vuestra vida, habléis de esto al Padre Santo para que ponga remedio a tanta maldad y que, cuando llegue el momento de nombrar pastores, no se hagan los nombramientos por lisonjas, por dinero o por simonía. Pedidle, en cuanto podáis, que preste atención y mire si el candidato tiene virtudes y santa fama, y que no aprecie más al noble que al que se gana el pan, porque la virtud hace al hombre noble y grato a Dios”.

El anhelo de reforma de la jerarquía eclesiástica no le fue dado verlo satisfecho. Soñó con una Iglesia gobernada por “servidores de Dios”. Así se lo pidió a Gregorio XI de manera un tanto velada y después a Urbano VI, al que, la llegada de la santa a Roma a fines de 1378, convenció de su ideal. En consecuencia, el Papa envió el 15 de diciembre un breve al prior de Gorgona, amigo de Catalina, para que invitase a ir a Roma a numerosos siervos de Dios. Algunos, tres o cuatro, aceptaron la invitación, otros la dieron por no recibida y otros la consideraron imprudente e inspirada por el demonio. Entre los que pensaban de esta manera se hallaba un discípulo de Catalina: Fray Guillermo Flete.



Siena

Murió entregada espiritualmente a su ideal de ver una Iglesia sin mancha alguna. A sí lo debemos apreciar por las palabras siguientes: “Creciendo el dolor y el fuego del deseo, gritaba yo, escribe Catalina, ante Dios diciendo: “¿Qué puedo hacer? ¡Oh fuego inestimable!”. Y su benignidad respondía: “Que de nuevo ofrezcas tu vida y no te des reposo. Para eso te he designado a ti y a todos los que te siguen y seguirán. Procurad, pues, no desmayar en vuestros deseos, porque yo me ocupo de ayudaros con mi gracia corporal y espiritual, con amoroso afecto.

Para que vuestros espíritus no estén ocupados en otra cosa, he dispuesto muchos proyectos y modos en la autoridad designada para gobernaros, por lo cual ella sirve a la Iglesia con bienes temporales y vosotros lo haréis con la continua, humilde y fiel oración y con las prácticas necesarias que te serán impuestas a ti y a ellos, los discípulos, por mi bondad, a cada uno según su grado”.

Esta carta a Urbano VI no tuvo eco alguno. El Papa no podía proveer a las necesidades materiales de toda una serie de siervos de Dios en Roma. Catalina olvidaba que las finanzas del Vaticano se hallaban totalmente arruinadas, porque había tenido que pagar a compañías de soldados para

defender los Estados Pontificios y porque habían arramplado con todo lo que pudieron de valor a su salida de Roma, como lo prueba que el arzobispo de Amiens se llevó hasta la tiara del Pontífice. La misma Catalina dedicó buenos ratos e influencias para que las ciudades de Siena, Florencia, etc., ayudaran al Papa económicamente.

El último intento de congregar “siervos de Dios” en Roma para rezar por el Pontífice y estar a su entera disposición no sería tenido en cuenta. La reforma se haría, y ya se comenzaba con el general deseo de realizarla.

Traslado del Papa a Roma



Esta es la faceta más estudiada por historiadores y biógrafos de Catalina: señalo aquí solo las líneas generales.

La necesidad de que los papas volvieran a su sede propia, a la ciudad de Roma, de la que son obispos, no era idea nueva en la cristiandad. Anteriormente la había llevado a cabo Urbano V, pero las añoranzas de las tierras de Aviñón, y las dificultades, tiraron por él y lo volvieron a tierras francesas tres años después, muriendo el 10 de diciembre de 1370. No es de extrañar que aquel regreso se recordara aún. Su sucesor Gregorio XI anunció en diversas ocasiones a los embajadores de Roma, a los cardenales y a los príncipes cristianos, su determinación de volver a Roma. El anuncio oficial último fue hecho el

6 de enero del año 1376. Pero la decisión se difería por diversas circunstancias.

Catalina se unió al clamor de Italia que reclamaba la vuelta del Papa a su sede romana. Se trataba no sólo de una cuestión religiosa, sino política. Ésta tuvo mucho peso en la determinación, al estar en peligro la permanencia en la posesión por la Santa Sede de los Estados Pontificios. Por otra parte, Gregorio XI era muy sensible a las “revelaciones”, de moda por aquellos años, en las que santa Brígida le exigía en nombre de Jesucristo el abandono de Aviñón por Roma. Así, en el Libro de las *Revelaciones* de Santa Brígida leemos: “Dijo Nuestro Señor: Aunque este Papa duda si debe venir a Roma para la reforma de la Iglesia y para la paz, quiero que venga este otoño próximo y que sepa que no puede hacerme cosa más agradable que venir a Italia”.

A la embajada de los florentinos, no dirigida por Catalina sino por reconocidos varones como Fray Raimundo de Capua y los agustinos Félix de Massa y Juan Tercero, entre otros, se unió ella quince días después. Llegó cuando el ambiente de traslado a Roma estaba hecho en Aviñón. Ella se esforzó directa e indirectamente por que se llevara a la realidad con un Papa que tantas veces había mostrado su indecisión. No quedó



Aviñón

satisfecha hasta que el Papa salió de la ciudad. Ella también lo hizo, pero por distinto camino. Él viajó con todo boato, en naves que le esperaban en Marsella; Catalina fue por tierra. Quedaron citados para una entrevista en Génova. En esta ciudad se señala la casa adonde acudió Gregorio XI y donde recibió nuevamente ánimos, después de un viaje por mar lleno de peripecias. De este viaje tenemos una carta de Catalina, dirigida al Papa que estaba en Corneto, ciudad que ya pertenecía a los Esta-

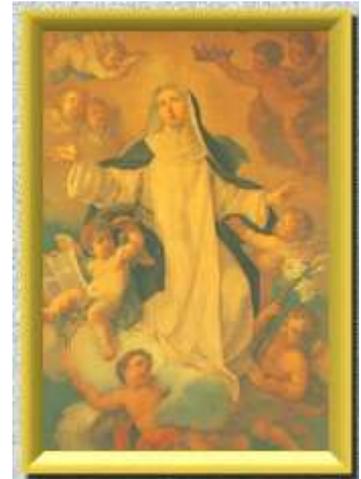
dos Pontificios. Le pide que no demore su viaje a Roma y que convoque a los florentinos para arreglar con ellos la paz. Así concluyó la etapa más gloriosa de Catalina en el servicio a la Iglesia. Terminaba el año 1376.

Catalina de Siena, amante de la paz

Catalina de Siena, una humilde religiosa, no dejó de alentar la paz en los convulsos tiempos en los que la Santa Sede regresó a Roma desde Aviñón.

A continuación podemos leer un fragmento de *Historia de los papas*, de Ludwig Pastor.

Nadie sintió por esto más acerba pena, que una joven y humilde religiosa, como ángel de todos los pobres de cuerpo y espíritu, como heroica enfermera en tiempo de peste, y como eficaz predicadora de la penitencia, ejerció en los corazones de sus contemporáneos un influjo incalculable: **Catalina de Sena**. Con penetrante mirada reconoció aquella humilde doncella (que ha de ser considerada como uno de los más admirables prodigios de la Historia del mundo), las culpas que se cometían *por una y otra parte*, y animaba de incomparable libertad de espíritu, manifestó su persuasión á todos, aun á los más encumbrados, con una elocuencia que conmovía y ganaba los corazones. Como verdadera esposa de Aquél, que vino al mundo para traerle la paz, predicaba ella incesantemente á los contendientes la paz y la reconciliación. «¿Qué cosa hay más dulce que la paz?»; escribía á Niccolò Soderini, uno de los ciudadanos más influyentes de Florencia; «no fue otro el testamento y la última exhortación que dejó Jesucristo á sus discípulos, cuando les dijo: «No se conocerá que sois discípulos míos por los milagros que hicieréis, ó si descubriereis las cosas futuras, ó si alardeareis en vuestras acciones de una gran santidad; sino en que os tengáis amor y viváis en paz los unos con los otros». Mi dolor sobre esta guerra, que á tantos de vosotros arruina los cuerpos y las almas, es tan grande, que de buena gana, si fuera posible, sacrificaría mil veces mi vida».



La leyenda dorada, obra del religioso dominico italiano Santiago de la Vorágine (c. 1228-1298), está integrada por una extensa serie de relatos acerca de la vida de santos cristianos. En el fragmento que sigue se puede leer la dedicada a santa Catalina de Siena:

Santa Catalina, a la que el papa Pío II llamó virgen gloriosa y esposa amantísima de Nuestro Señor Jesucristo, fue hija de Jácomo y de Lapa, cónyuges muy conocidos en la ciudad de Siena por su fe y por sus virtudes.

A los once años de edad, Catalina, movida por sus deseos de imitar a la Virgen Bendita Santa María, hizo voto de virginidad, rogando encarecidamente a Nuestra Señora que se dignase darle por esposo a su Hijo Jesús, Señor nuestro, y, cuando cumplió los doce, al enterarse de que sus padres, desconocedores del voto que ella había hecho, andaban pensando en casarla, se cortó sus cabellos al rape y descubrió a Jácomo y a Lapa la promesa que secretamente había pronunciado. A partir de este momento la santa doncella se entregó por completo, de día y de noche, a la práctica

de la oración, de las viglias y de los ayunos, y a la realización de infinidad de obras buenas; y con tal intensidad que muy pronto la fama de sus virtudes se extendió por la ciudad y fuera de ella.



Cierto día, cuando no contaba más que quince años, estando un poco adormecida, apareciósele santo Domingo, fundador e ínclito Padre de la Orden de Predicadores, y le propuso que tomara el hábito de su religión; es decir, que ingresara en la llamada Orden de Penitencia del referido Padre Santo Domingo, y que viviese conforme al espíritu y a las reglas de la susodicha orden. De muy buena gana accedió ella a esto, por lo cual, enseguida pidió el hábito y lo recibió con suma devoción, y desde entonces hasta su muerte perseveró en el camino emprendido, siendo admirable ejemplo para todos de rigurosa penitencia, de abstinencia y de austeridad.

Este modo de vida, que cuenta con la aprobación del sumo pontífice, es seguido actualmente por muchas personas nobles y devotas, con gran provecho espiritual para sus almas.

Desde que esta santa lo abrazó, no hubo para ella actividad más digna ni más santa en el mundo que la de tratar de convencer a todos de que deberían esforzarse en conseguir la salvación eterna, amando a Nuestro Señor Jesucristo y cumpliendo fielmente sus mandamientos.

Su frugalidad en las comidas era tanta, y tanta y tan rigurosa su abstinencia que pasaba varios meses seguidos privada de cualquier género de alimentos y sustentándose únicamente con la comunión del Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo.

Las durísimas disciplinas que a sí misma se daba hacían brotar la sangre de su carne. Prodigaba sus servicios a los enfermos con inmensa caridad. Varias veces se despojó de sus ropas personales para darlas a los pobres. En esto se conducía con tan extrema generosidad, que en distintas ocasiones el Señor cubrió la desnudez de su sierva con vestidos milagrosos. Un día entregó a un necesitado la capa de su hábito, y como sus familiares la reprendieran y trataran de hacerle ver que no había procedido correctamente privándose de una prenda de abrigo que le era tan necesaria, ella les respondió:

—Entended bien esto: sin capa puedo vivir; sin misericordia, no.

Resulta difícil admitir la maravillosa paciencia y profundísima humildad con que sirvió y soportó a una enferma, religiosa de su orden, que además de ser muy exigente y de tener un genio insoportable, correspondía a sus desvelos murmurando continuamente de ella y levantándole infames calumnias.

Algunas de sus innumerables obras buenas prueban con especial claridad y hasta con evidencia meridiana el celo y amor con que procuraba la salvación de las almas. He aquí un ejemplo: Un joven perteneciente a una ilustre familia de Perusa, al conocer que había sido condenado a muerte por el senado de Siena, hundiéndose en tal estado de rabia y desesperación que renegó de la fe en Jesucristo, se obstinó en rechazar el sacramento de la confesión y se negó a hablar con quienes trataban de aconsejarle que se arrepintiese de sus pecados y tornase al seno de la Iglesia. Súpolo Catalina, fue inmediatamente a ver al desesperado y renegado prisionero, soportó pacientemente sus repulsas e injurias, habló con él y acertó a decirle tales palabras que lo tranquilizó, lo convirtió y consiguió que el mencionado joven, encomendándose a Jesucristo, aceptara la muerte y muriera como un buen cristiano.

Estuvo santa Catalina dotada de altísima sabiduría, como lo acreditan los ingeniosísimos escritos que de ella se conservan. Iluminada por el Espíritu Santo interpretaba las sentencias de los santos Padres con mayor acierto y profundidad que los más famosos teólogos de su tiempo. En cierta ocasión mantuvo un debate público con dos eminentísimos maestros en teología, uno de ellos perteneciente a la Orden de los Menores y el otro a la de los Ermitaños, y, a pesar de la reconocida ciencia de estos dos ilustres doctores, ambos quedaron públicamente derrotados. Y tanto el uno como el otro, al final de la disputa, profundamente impresionados por la agudeza de los razonamientos de la santa, por la rapidez con que respondía a las objeciones, y por la claridad y firmeza de las proposiciones que sustentaba, comentaban entre sí y con la gente:

—Esta religiosa no es una criatura humana; es un ser divino.

A partir de entonces los dos teólogos se entregaron a una vida de altísima perfección espiritual, perseveraron en ella y, cuando les llegó la hora de salir de este mundo, emigraron santamente al cielo.

Con elocuencia y energía habló a los papas Gregorio XI y Urbano VI y sin arredrarse dijo a uno y a otro cuanto en conciencia creyó que tenía la obligación de decirles.

Esta virtuosísima virgen, entre otros carismas muy notables, poseyó en grado eminente el espíritu de profecía y recibió de Dios la gracia singular de obrar muchísimos milagros, por ejemplo, éstos que nos limitaremos a enumerar: con sus oraciones consiguió que su propia madre, que había muerto sin confesarse, tornara a la vida y recibiera los sacramentos; en numerosas ocasiones obligó



a los demonios a salir de los cuerpos de los posesos y fue instrumento de Dios para la realización de infinidad de obras maravillosas.

Finalmente, estando en Roma a donde había ido llamada por el Señor, sabiendo por divina revelación que en breve iba a morir, congregó a sus discípulos, los consoló, oró con ellos largo rato, exhortolos a que vivieran santamente y luego, pronunciando estas palabras «en tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu», dulcemente expiró y su alma inocentísima emigró al cielo. Santa Catalina murió en 1380 a los treinta y tres años de edad. Cuantos enfermos se acercaron a venerar su cuerpo quedaron curados, fuese cual fuese su enfermedad. Sus restos mortales fueron enterrados con su-

mo honor en la iglesia de Santa María de la Minerva. En 1461 el papa Pío II inscribió el nombre de esta gloriosa santa en el catálogo de las vírgenes.

Virgen Catalina, esposa de Cristo: acoge y muestra a los moradores del Empíreo estos homenajes de alabanza que todos nosotros de común acuerdo, llenos de alegría, ofrecemos en tu honor. Rogámoste que nos perdones si no somos capaces de ponderar debidamente tus méritos. Reconocemos, oh esclarecida virgen, que carecemos del ingenio necesario para alabarte como mereces. ¿Quién podrá, jamás, cantar dignamente adecuadas alabanzas en tu honor? ¿Quién en todo el mundo tendrá inspiración suficiente para honrarte con elogios que no se queden cortos? Tú, Catalina, fuente abundante de luminosos ejemplos, modelo de costumbres, asombrosamente sabia, equilibrada, fuerte, piadosa, justa, prudente, ya estás colocada en lo más alto del cielo. ¿Quién descono-

ce tus virtudes y tus gloriosas acciones, tan portentosas que no hay en la tierra quien posea elocuencia bastante para ponderarlas? Tan identificada estuviste con Cristo que hasta llevaste en tu cuerpo sus gloriosas llagas. Tú despreciaste enérgicamente las cosas de esta vida que es por naturaleza breve, triste y miserable; tú soportaste valientemente todo género de penalidades; por eso conseguiste los bienes eternos y preciosos del cielo; por eso también, cuando llegó el momento en que tu alma iba a salir de este mundo y tus sagrados miembros a convertirse en cenizas bajo tu sepulcro, hiciste saber a los que lloraban que no había por qué llorar, puesto que emigrabas al cielo. De ese modo, mientras adorabas el cuerpo sagrado de Cristo y recibías en comunión la Santa Hostia, diste una última y magnífica lección enseñando, a cuantos con sus ojos arrasados de lágrimas te rodeaban, cuál es el verdadero sentido que tiene la vida.

Que la virgen santa Catalina interponga en nuestro favor sus méritos y nos ayude a llegar a las estancias del reino eterno. Amén.



Reflexión sobre la justicia

Actual y enjundiosa resulta la reflexión que sobre la justicia hace la santa al senador de Siena Andrés Cavalcabuoi.

“Creo que nadie puede poseer esta virtud si antes no vive santamente, apartándose del amor propio, del amor a sí mismo, y de todo placer humano. Por eso procura agradar a los mundanos y no se preocupa de agradar a Dios. En él no puede existir la justicia por no poseerla él, como queda dicho. Por tanto injustamente, llega a ser devorador de la carne del prójimo por avaricia, deseo de dinero o por ruego de los hombres. Por eso vemos muchas veces que éstos observan la justicia solamente con los pobres, lo cual frecuentemente es injusticia, pero no con los grandes, o sea, con los que tienen algún poder. Todo viene del amor propio y de agradarse a sí mismo. Por no ser justo, no posee la verdadera y santa justicia. No pone la mirada en la ciudad de su alma sino sólo en el cuerpo miserable, buscando únicamente cómo puede gozar, empleando el tiempo lascivamente, lleno de soberbia, pompa y vanidad, todo lo cual le causa la muerte. Pero a la pobrecita alma que debe ser templo en el que Dios more por la gracia, la ha convertido en templo del demonio a cuyas manos la entrega y la ha entregado y sometido por el pecado, que es la nada.

Como no pone la mirada en sí, nunca la pondrá sobre la ciudad temporal de la que fuese señor. Por eso no atiende al bien universal sino únicamente a sí mismo o al bien particular, que es su propio placer o el provecho que le proporcione.”

Carta sobre la familia

A mediados del siglo XIV, y de una gran familia (eran veintitrés hermanos) surge la señera figura de nuestra Santa seglar, miembro de la Tercera Orden Dominicana. Es pues natural que pueda hablarnos de la vida de familia, así lo hace en su carta a la Señora Pantasilea, esposa de Ranuccio da Farnesse.



“Elevad del mundo vuestro afecto y deseo poniéndolo en Cristo crucificado, que es firme y estable, que nunca falla ni os puede ser quitado si vosotros no queréis. No digo con esto que no permanezcáis en el mundo o en el estado de matrimonio todo lo que queráis, que

no gobernéis a vuestros hijos y demás familia en conformidad con las exigencias de vuestra posición, sino que viváis con orden y no desordenadamente.

Dad honor y gloria a Dios poseyendo las cosas del mundo, marido, hijos, riquezas y todo placer, como algo prestado y no como propio, porque, como queda dicho, eso falla y no lo podéis poseer a vuestro gusto sino prestado, según plazca a la Bondad divina. Obrando así, no haréis de los hijos ni de otra cosa un dios, sino que todo lo amaréis en razón de Dios, y consideraréis lo demás como una nada; despreciaréis el pecado y amaréis la virtud.

A los hijos alimentadlos en las virtudes y en los dulces mandamientos de Dios, porque no basta que la madre y el padre los alimenten en cuento al cuerpo; eso lo hacen también los animales. Deben alimentar el alma con la gracia de su poder, reprendiéndoles y castigándolos por los defectos que cometieren, Haced que con frecuencia se confiesen, oigan la misa cada mañana, o por lo menos los días preceptuados por la Santa Iglesia. Así seréis madre del cuerpo y del alma. Estoy cierta de que, si tenéis verdadero conocimiento de Dios lo haréis; pero que sin ese conocimiento, no lo conseguiréis.”



Bondadosa familiaridad de Dios con las almas santas como Catalina

Otros autores hablan de ella, así en las Adiciones al Memorial de la vida cristiana de fray Luis de Granada, presbítero, podemos leer:

Pues qué grande sea la bondad que se nos descubre por estas obras de gracia, las historias y vidas de los santos en gran parte le declaran. Los favores y muestras de amor que descubrió a la virgen santa Catalina de Siena no se pueden explicar con pocas palabras, sino leyendo toda la historia de su vida, que escribió su confesor, varón religiosísimo, que después

fue Maestro de toda nuestra Orden, el cual supo mucho de lo que escribió de la boca de la misma virgen y después de esto él afirma con solemne juramento la verdad de todo lo que escribe.

Muchos son los argumentos de la divina bondad y el mayor de todos es haberse hecho Dios hombre por amor de los hombres, y padecido muerte por ellos; y unos mueven más con unos y otros con otros, según la disposición y devoción de cada uno. Mas yo confieso que uno de los que hasta ahora más me han espantado y mayor conocimiento me han dado de esta soberana bondad y del gran amor que este Señor tiene a las almas puras y limpias, es ver lo que hizo con esta santa, y las invenciones cotidianas de favores y regalos con que la visitaba y trataba.

Porque una vez le sacó el corazón del cuerpo y lo tuvo tres días en su poder, y después se lo puso en su lugar; otra se desposó con ella en presencia de la sacratísima Madre suya y de los otros santos; otra, por haber bebido brebaje amarguísimo sirviendo a una enferma, le apareció y le dio a beber un licor celestial de la llaga de su sacratísimo lado; otra vez, por haberse ella desnudado de una túnica para dar a un pobre, le trajo el mismo Señor otra túnica con que nunca sintiese frío ni calor, invierno ni verano; otras veles le dio a sentir parte de todos los dolores y tormentos que había padecido en su sacratísimo cuerpo; y lo que excede toda admiración: el mismo Señor rezaba las Horas canónicas con ella, como un clérigo con otro, lo cual es cosa que, si la misma virgen no dijera, parece que le faltara la fe humana para creer cosa tan nueva y tan admirable y de tanta familiaridad con Dios.

Pues, ¿qué diré de sus grandes revelaciones y de la eficacia de sus oraciones? ¿Qué de los pecadores obstinados que ella convirtió? ¿Qué de pasar tanto tiempo sin comer otro majar que el santísimo Sacramento, como el papa Pío II da testimonio en la bula de su canonización? ¿Qué de los éxtasis y alienaciones de sentidos que padecía todas las veces que comulgaba, donde no faltó una persona malvada que le hincó una aguja por la planta del pie, lo cual ella no sintió más que si fuera de piedra mármol?

Pues los milagros que se hicieron tres días que estuvo su santo cuerpo sin sepultar, ¿quién los contará? Porque en la bula sobredicha, entre otras cosas se cuenta que no pudiendo una doliente llegar a su santo cuerpo, por la mucha gente que allí estaba, tomando una toca de ella y levándola de mano en mano a tocar el cuerpo, y volviéndola a la doliente, fue luego sana.

Pues quienquiera que tuviera ojos para saber mirar estas maravillas, luego entenderá cuán incomprensible sea el amor que nuestro Señor tiene a las almas puras y limpias, pues así las trata, así las honra, así las abraza y regala, así las purifica y santifica, así las levanta sobre los cielos, así oye sus oraciones, así trata tan familiarmente con ellas, y les da parte de sus secretos y les hace en todo la voluntad.

Pues quien esto considerare por una parte se maravillará de ver cómo aquella soberana Majestad se inclina tan familiarmente a una cosa tan baja como el hombre, y por otra parte dejará de maravillarse, considerando que no se podía esperar menos de aquella infinita, inmensa e incomprensible bondad, sino que tal como éste, sea el amor que tiene a los buenos y tal el trato y comunicación que tiene con ellos.

